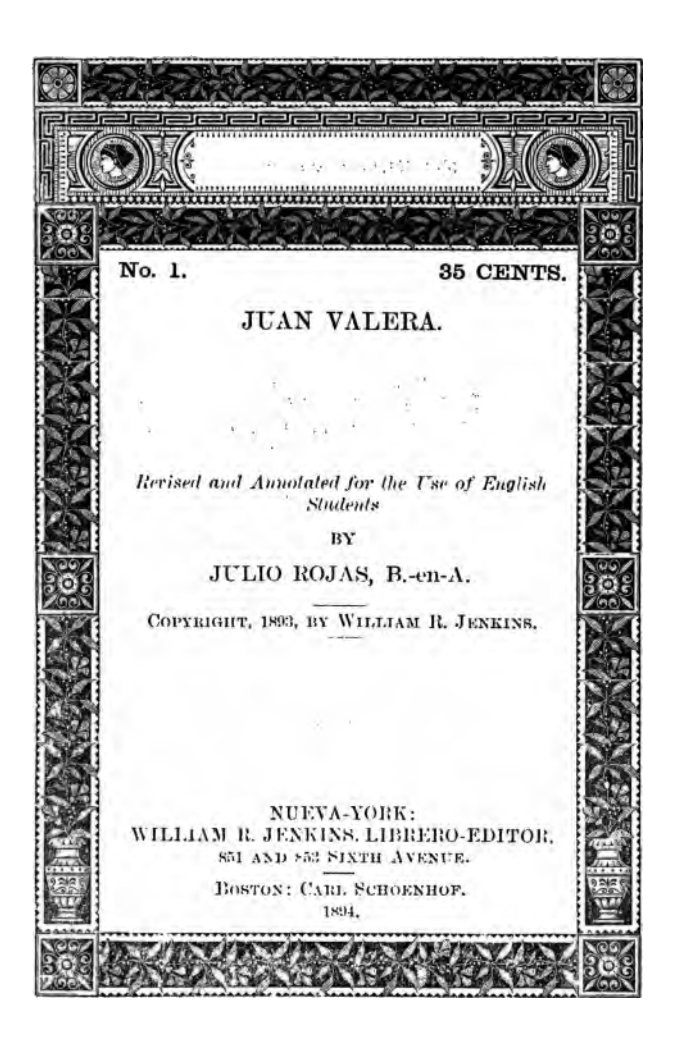


No. 1. 35 CENTS.

JUAN VALERA.

Revised and Annotated for the Use of English Students

BY

JULIO ROJAS, B.-en-A.

NUEVA-YORK:
WILLIAM R. JENKINS, LIBRERO-EDITOR,
851 AND 853 SIXTH AVENUE.

BOSTON: CARL SCHOENHOF.
1894.

VICTOR HUGO'S NOVELS

New Library Edition in French of

LES MISÉRABLES

Since the author's death, no convenient edition of this great work was to be had, as the old duo-decimo edition went out of print, and the other editions were large cumbersome, and costly. Mr Jenkins has supplied this deficiency by the production of an American edition which in every respect is the best, cheapest and most convenient one, it has been printed from new type, on fine paper and tastefully bound. It is issued in five volumes in various bindings, as follows: **Paper, $4.50 the set; cloth, $6.50 Half Calf, $13.50; ¾ Levant Morocco, $17.50**

For the convenience of schools and students the volumes of "*Les Miserables*" may be had separately in paper at $1.00 and in cloth at $1.50 per volume.

QUATREVINGT-TREIZE

Encouraged by the reception accorded the publication of "Les Misérables" the publisher has determined upon issuing the other novels, and has published QUATREVINGT-TREIZE, (now ready) in similar style to "*Les Miserables*," but in one volume, as follows:—

Paper, $1.00; Cloth, $1.50; Half Calf, $3.00.

GRAZIELLA by A. DE LAMARTINE. This exquisitely told story which is recognized as a model in French style has been added to the French publications in a very pretty edition at the very reasonable price of.............. **45 cts.**

LA TULIPE NOIRE by ALEXANDRE DUMAS.—A new and handsome edition of this popular historical romance has just been published by Mr. Jenkins, and will be found in every way superior to any other edition in print while it is cheaper, 12mo.. **45 Cts.**

JUAN VALERA.

EL PÁJARO VERDE

(THE GREEN BIRD).

Revised and Annotated for the Use of English Students

BY

JULIO ROJAS, B.-en-A.



NUEVA-YORK:
WILLIAM R. JENKINS, LIBRERO-EDITOR,
851 AND 853 SIXTH AVENUE.
1893.

868
V16 paj
R74



EL PAJARO VERDE.

I.

HUBO, en época muy remota de esta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos, y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino, allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entónces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y

holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad, y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderación? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata, y vajillas de porcelana, que era entónces ménos comun que ahora; allí enanos, jigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no ménos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más árduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razón *el Venturoso.* Todo iba de bien en mejor

durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa á quien S. M. había querido con todo su corazon. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que le tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesión, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero ántes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Esta, dándole un abrazo, le dió al oido una noticia que llenó al Rey de placer.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pa-

sada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botín y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, supo con legitimo orgullo y excesivo contento, que era padre de una hermosísima y saludable princesa.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, le presentaron á una hermosa princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfacción, al cuarto de la señora Reina, que estaba tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de Mayo.

—¡Esposa mia!—exclamó el Rey, y la estrechó entre sus brazos. Pero el Rey era tan robusto y era tan viva la efusión de su ternura, que sin más ni ménos ahogó sin querer á la

Reina. Entónces fueron los gritos, la desesperación y el llamarse á si propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño basbante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta Reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino despues de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpetuas, y supo cumplirle. Mandó componer á los poetas una corona fúnebre, que áun dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, según dice el refrán, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que ántes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiración de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luégo de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas córtes, invitando á todos los príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que, apénas fueron llegando los correos á las dife-

rentes córtes, no había príncipe, por ruin y para poco que fuese, que no se decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso*, á competir en justos, torneos y ejercicios de ingenio por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre armas, caballos, su bendición y algún dinero, con lo cual al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver como iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entónces en los palacios reales. Eran de admirar, por último. los enigmas que los príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

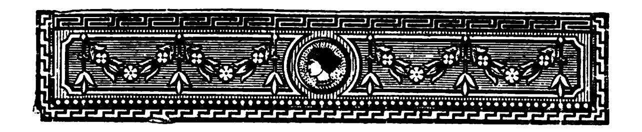
Pero ésta, que á pesar de su modestia y discreción, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamo-

rada, abrumaba á los príncipes con su desdén, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apénas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oir sus serenatas, ni sonreir agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traido de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblícuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de

ellas el Ministro de Negocios extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entónces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada dia. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que su hija no acababa de decidirse; ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso ministro de su padre.



II.

ACONTECIÁ, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcón, que daba al jardin, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una palabra á su sierva.

Ésta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcon un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían

de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le arrebató de las manos el cordón, y salió volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo que la Princesa apénas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresión.

Pocos días despues, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le había desabrochado la hebilla que sujetaba uno de sus preciosos zapatitos y suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para abrochársela de nuevo. Descubierto tenía ya S. A. el pequeño pie y se preparaba á sujetar el zapato con la rica hebilla que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hácia ella el pájaro verde, que

la arrebató la habilla en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué:—«Que me busquen al pájaro verde.... que me le traigan vivo.... que no le maten.... yo quiero poseer vivo al pájaro verde!»

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que no se pensase en matar al pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apénas vino el dia, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, más hermosa é intere-

sante en aquel *deshabillé*, pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte.--¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á tí, madre mia; de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordon de su vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apénas empezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la Princesa, y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazón. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; ántes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella:

—Mírame, mírame los labios, ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña,porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir:

—Que no le maten.... que me le traigan vivo.... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa, era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignación, quién era y dón-

de vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta días y cuarenta noches estuvieron lo sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.—Señor, dijeron al cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente á sus piés é hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

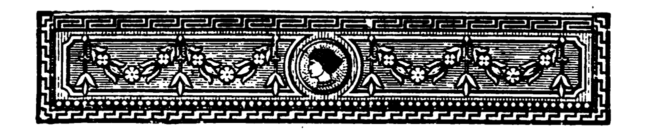
—Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad, yo os perdono y os agradezco la indicación sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habeis de traérmele, si no

quereis que mi cólera regia os castigue aunque tratéis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el Principe tártaro.

Este Principe envió tambien cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el ínterin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entonces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al rio.



III

NA de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresión á la moda, una *pollita muy simpática*, volvía un día, al anochecer, de lavar en el rio los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y muy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pié de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja; y ya iba á mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero miéntras más corria, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase

y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía también, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecución, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía encima, oscura como boca de lobo. Entónces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La oscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atrás.

Iba pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando eo-

lumbró no muy léjos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hácia aquellas luces. Pero ¡cúan grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que brillaba, y en cuya comparación pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso.*

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada, y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos obje-

tos que en los salones había, eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hácia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento y delicioso. De esta suerte llegó á la cocina; pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogon, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolución, vió

los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas: y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios, serían tan groseros, como al lado de estos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolución sobre la cabeza de jabalí. Mas apénas hubo llegado á ella, recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitación del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Se dirigió entónces á unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar ménos principesto y que le dejarían comer, pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero,

cuarto y quinto plato, pero, siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luégo á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecia tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima, en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentación de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecución su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando se sintió detenida por la misma mano,y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir,

como á no comer se había ya resignado; y para distraer el hambre y el sueño se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detras de uno de estos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo, con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol*, pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía, además en sí misma todos las colores del íris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto su-

mamente agradable.—Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo de más musical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtido cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó séres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, segun todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa.* Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres

venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

Á poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y ricamente vestidos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es, que los siguió mirando con bastante complacencia, hasta que saliendo completamente del agua y sacudiéndose ligeramente como un cisne sacude sus plumas, se quedaron tan secos y resplandecientes como tres soles.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas y era acatado de los otros, como señor

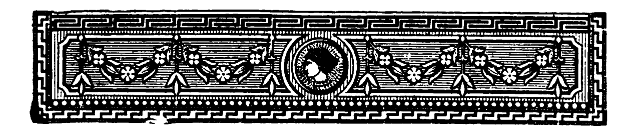
soberano. La lavanderilla se imaginó que tenía ante la vista un ángel ó un genio y quedó deslumbrada con su majestad, pareciéndole el emperador del mundo y el principe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oidos miéntras comían. Criados, invisibles tambien, iban trayendo los platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que sin ser vista ni oida, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detrás de un cortinaje.

Desde allí pudo oir algo de la conversación, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el Príncipe heredero del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados

en pájaros durante todo el dia, y sólo por la noche recobraban su sér natural, prévio el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el Príncipe de las esmeraldas apénas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.



IV.

REFIEREN las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festín, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de un sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparación de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turrón de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luégo la mano en la cajita y sacó un cordón. Lo besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorumpió en estas palabras:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordón en la cajita, y sacó de ella una hebilla muy linda y rica. La besó, la acarició también y exclamó al besarla:

¡Ay linda hebilla de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordón y hebilla, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á seguirlos. Viéndose sola en el comedor, se acercó á la mesa, donde, aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos, pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del Príncipe. Entónces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de dia. Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pié del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traido del rio, y hasta la naranja corredora estaba allí también.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para si la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luégo se detenía en cualquiera hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entónces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las de-

más. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido ántes.

Ya apénas dudó de que había soñado.—Ningun objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.



V.

MIENTRAS acontecían, en sueño ó en realidad los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa*, fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente, y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y áun almorzado en aquelle época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en su cámara.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió á despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y enclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, serestregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detrás de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oir la aparición del pájaro verde, la Princesa se llenó de júbilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la

mucha estima, veneración y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no ménos disculpables, inocentes y delicados.

— Ahora sí, decía, que puedo llamarme propiamente la *Princesa Venturosa.* Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era, y es un amor, que por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazón. No he visto al Príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi visión no es un sueño vano, parece un pino de oro, y

tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por que, le he tomado afición, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas sereis mandarinas y damas de mi córte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazón me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podrémos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la Princesa, iré al palacio en qne viven y allí verémos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narración la terminó entónces, é hizo ver no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atención, estuvo meditando un rato, y dijo luégo á la doncella.

—Vé á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico.*

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de *Los Reyes,* y leyó en alta voz los singuientes renglones :

« El mismo dia en que murió el Emperador chinesco, su único hijo, que debia heredarle, desapareció de la córte y de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria. »

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa,* sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? Hé ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

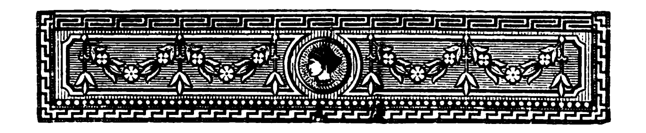
—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato—añadió la Princesa—y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde

puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é incomunicados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondrémos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí teneis dínero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, después de ponerse un elegante trape de mañana y de meteruco precesitos en unas elegantes babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecucion lo convenido y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico.*



VI.



INCO dias habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no habíallorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera

muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro el misterioso presentimiento de una gran desgracia, y había adívinado por el arte mágica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel dia debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía éste á la consulta que le hizo, montó á caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto la *Princesa Venturosa*, que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luégo que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada :

— Mi situación es terrible. Tres veces he ido inútilmente á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico*, que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estación, y ya para entónces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe tártaro le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais hermosa Princesa—dijo la doncella favorita;—tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarles la carta y traérosla. Los tresciéntos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinión—añadió la lavandera—de que se envíen más hombres contra el Príncipe tártaro. Aunque éste á la verdad sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos según se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas, y le pidió su apoyo. Este se lo otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadrón de soldados, salió de la capital decidido á morir en la demanda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Despues de la partida del general, la Princeza juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que, fundada su

hija en un sueño, enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

—¡Ay hija!—exclamaba—tú has echado un sangriento borrón sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó tambien, y se arrepintió de lo que había hecho. A pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entónces aun no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos los soldados del Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tan-

tos genios, corrían en su persecución trasformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hácia el Príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entónces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratajema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe

tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Este esperó con ellos á los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo dia volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo, se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente; no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á todos los empleados en la interpretación de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luégo y no se mostraron más hábiles.

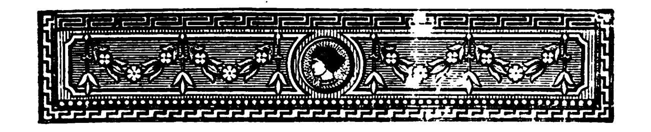
Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acu-

dieron también; mas, aunque se les prometió el perdón si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entónces el más desventurado de todos los reyes, se lamentó de haber sido cómplice en un crímen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria. Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado, cuando al despertarse al otro dia muy de mañana supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

« Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar adonde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adios. »



VII.

LA *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas á pié, y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camíno era más propio de cabras que de camellos, eléfantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdon sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devoción fué la Princesa á pié y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varón muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía también que el ermitaño era inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretensión. En toda la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraidas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete dias por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el dia caminában en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldicíon del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la na-

tural bondad de su alma, su religión sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, cemo por inspiración, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, segun queda dicho, por espacio de siete dias.

En la noche del séptimo iban ya las tres pe regrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casí se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa, y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundídos, relucientes como dos ascuas, y dijo con voz entera, alegre y suave.

—Gracias al cielo que al fin estais aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ántes de la confusión. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien la pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales. La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Díalectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del dia. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparación de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas cualidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre,

obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primítiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de estos murió una semana há, por disposición tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo; y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

— Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y profundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

— Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo

leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovia, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imágen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse les oidos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oir las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada :

— No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveníente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el dia son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano por medio de su íncompleta y enfermiza razón

llegará á conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la sustancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elocubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

— Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si despues de lo que hemos pasado para encontraros, y siendo vos el único que podeis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no quereis traducirla.

— Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interesante para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las

asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle léjos de sus súbditos y reinar en lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, mas no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamentos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo tambien el Príncipe un palacio, donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplian las siguientes condiciones, que por lo extrañas, absurdas é imposibles el Kan, juzgó que nunca se cumplirían.

Fué la primera condición, ya cumplida, que

una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir del baño, y que la limpieza de su alma fuese tal que no se turbase ni empañase con la más ligera sombra de verguenza. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda convida al amor. La joven debía sentirle por uno de ellos vivamente ; pero de un modo espiritual y dulcísimo.

Fué la segunda condición, ya cumplida también, que el Príncipe sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto, cuanto invencible á una Princesa de su clase.

La tercera condición, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condición, en cuyo cumplimiento habeis de intervenir las tres donce-

llas que me estais oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas antes de morir os pondré en el palacio del Príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros y se zambullirán y se transformáran en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los vereis; mas habeis de conservar, viéndolos, toda vuestra calma y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado la inocencia de su amor : ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguireis sin ser vistas, y allí permanecereis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito :

¡Ay, cordoncito de mi señora !
¡Quién la viera ahora !

La Princesa, entónces, y vosotras con la

Princesa, os mostrareis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Pr ncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apénas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de súbito detras de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitaño había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. En el punto de dar el regalado y apretado beso sintieron tan sólo una profunda commoción toda mística y pura.

Así es que immediatamente quedaron des-

encantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekin. El general que mató al Principe Tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarín y una pensión de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China vivieron largos y felices años, y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermosos. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de Sus Majestades, y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.

NOTES.

Page. Line.

3.— 1. *Pájaro.* Bird.

2. *Hubo.* There was. Third person singular, past definite of the impersonal verb "there to be."

3. *Vivimos.* We live. Infinitive "Vivir."

4. *Amado con extremo.* Greatly beloved.

5. *Dilatado.* Vast, extensive.

8. *Daba.* He gave. Infinitive "dar."

9. *Entonces.* Then, at that epoch.

10. *Ejercito.* Army.
Aguerrido. Warlike, brave, experienced.

11. *Naves.* Vessels, ships.
Recorrían. Cruised, sailed over, imperfect, 3d person plural, inf. "Recorrer."

12. *Solía.* He was in the habit of, inf. "Soler."
Cazar. To hunt.

4.— 1. *Holgarse.* To enjoy himself or oneself.

2. *Frondosidad.* Luxuriance.
Copia. Abundance, copiousness.
Alimañas. An expression embracing all injurious, mischievous and harmful animals.

Page. Line.

4.— 3. *Aves.* Birds, in general.
Se alimentaban. Were fed or nourished. Imp. 3d person plural, reflexive verb "Alimentarse."

4. *Diremos.* What shall we say. Future of the irregular verb "Decir."

8. *Vajillas.* Table sets.
Era. Was. Imperfect of auxiliary verb "Ser."

9. *Enanos.* Dwarfs.

10. *Solaz.* Pleasure, recreation.

11. *Cocineros y reposteros.* Cooks and Butlers.

15. *Dar pasto.* Literally "to give pasture," to feed, to nourish.

17. *Arduas.* Difficult.
Derecho. Law.

18. *Aguzaban.* Sharpened. Inf. "Aguzar."
Ingenio. Intelligence, wits.

20. *Epopeyas.* Epic poems.

22. *El venturoso.* The lucky or the happy Prince.
Todo iba de bien en mejor. Everything was going on smoothly or happily.

5.— 1. *Un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina.* A web of happiness — unbroken pleasure. Whose brightness only the early death of the Queen had dimmed with a dark shade of sorrow.

3. *Temprana.* Early.

Page. Line.

8. *Acendrado cariño.* Profound love.

10. *Cuentan.* Relate or narrate. Irreg. verb "Contar.

Que ya llevaba el Rey. That the King had already been.

11. *Sin lograr.* Without attaining or succeeding in having.

13. *Ocurrieron unas guerras.* A war was begun against.

15. *Se despidió.* Took leave. Past def. irreg. verb "despedir."

18. *No tuvo límites.* Knew no bounds.

19. *Le sale bien.* Favors. Happens according to the wish.

22. *Que le habían hecho.* Who had played him. *Mala pasada.* Mean trick.

6.— 1. *Asoló.* Devastated.

Hizo. Made, took. Past def. of irreg. verb "Hacer."

2. *Botín.* Booty, prey.

7. *Repiqueteo.* The ringing or chiming of bells.

8. *Supo.* Past def. of irreg. verb "Saber." He learned.

11. *¡Que gusto tan pasmoso no tendría su Magestad.* How wonderfully pleased was His Majesty,

19. *Estrechó.* Clasped her tightly. Inf. "Estrechar."

Page. Line.

6.—22. *Sin más ni menos.* Without more ado. Heedlessly.

7.— 1. *Entonces fueron los gritos.* How he cried, then!

2. *Llamarse á si propio.* To call himself. ("A si propio" is synonimous with se, but this repetition adds greatly to the vigor of the phrase.

4. *Más no por esto resucitó la Reina.* But in spite of all this the Queen did not return to life.

6. *Se diría que.* One might say that.

7. *Por ellos.* Through them.

14. *Eu vida de ella.* During her life.

15. *Hizo voto de.* He made or took vows of.

16. *Mandó componer á los poetas.* He gave the poets order to compose.

18. *Se tiene.* Is held, esteemed.

20. *Estuvo* Was. Past definite, verb "Estar."

De luto. In mourning.

Que se levantó. That was erected.

22. *Un mezquino remedo.* A poor copy.

8.— 1. *Según dice el refrán.* As says the proverb.

No hay mal que dure cien años. (A proverb.) No misfortune will last a hundred years.

3. *Se creyó.* He believed himself. Irreg. verb "Creer."

6. *Princesita.* Little Princess. The termination "ito" and "ita" form the diminutive.

Page. Line.

8.— 7. *Que era un contento.* In a prodigious manner.

9. *Buen trato.* Good breeding—kindess of manner.

10. *De cuantos.* Of all who.

11. *La oian.* Listened to her. Inf. "oir."

12. *Luego.* Afterwards, later on.

13 *Correos de gabinete.* Royal Messengers.

Caballeros en sendas cebras de posta. Mounted on strong and swift zebras.

14. *Á la vez.* At the same time.

16. *Otras tantas.* As many other.

18. *Al que más le gustase.* The one she liked best.

21. *De suerte que.* So that.

9.— 1. *No había.* There was not.

Por ruin y para poco que fuese. No matter how mean and cowardly he might be.

5. *Cada cual.* Each and every one.

7. *Al frente.* At the head.

8. *Se ponía en camino.* Started on the róad.

9. *Era de ver.* It was worth seeing.
Iban llegando. Were arriving.

11. *Saraos.* Feasts.

20. *Á pesar.* In spite.

10.— 2. *Se le importaba un ardite.* Had the best regard.

10. *Arrinconados en un zaquizamí.* Laid aside in a garret.

Page. Line.

10.—16. *Adolecia de.* Was endowed.

17. *Barba saliente.* Pointed chin.

18. *Crespo y enmarañado.* Crispy and disheveled. *Rechoncho.* Fat.

20. *Mofador.* Mocker, scorner.

Ni. Not even.

Ni las personas mas inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios extranjeros del Rey Venturoso, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el Sanscrito, lengua diplomática de entonces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes. Even the most harmless persons were not free from his jokes, the chief butt for them being the Rey Venturoso's Minister of Foreign Affairs, whose heaviness, pride and little sense, as well as the horrible way he spoke Sanscrit, the diplomatic language of the time, rather invited ridicule and jests.

11.—10. *No acababa de decidirse.* Would not reach a decision.

11. *Erre que erre.* Stubborn. *En no hacer caso.* In not taking notice.

12. *Sus pullas.* Her sharp retorts.

14. *Con usura.* With interest.

12.— 1. *Aconteció, pues.* It so happened.

6. *Que daba.* Overlooking.

Page. Line.

12.—11. *Esta tenía ya entre sus manos.* The latter was already holding in her hands.

12. *Se disponía á enlazar.* She was about to tie.

13. *Ama.* Mistress.

A deshora. Untimely.

13.— 1. *Dejó absortas.* Amazed.

3. *Lanzándose.* Rushing.

11. *Tejía una danza.* Was weaving a dance.

13. *Embelesados.* Ravished. Transported.

14. *De pronto.* Suddenly.

Que se le había desabrochado. Had become loose or unfastened.

19. *S. A.* The usual abbreviation of "Su Alteza". Her Highness.

21. *Oyó.* She heard. Irreg. verb "oir."

22. *Vió.* Saw. Inf. "ver."

14.— 1. *Ebúrneo.* Ivory-like—of dazzling whiteness.

2. *Al punto.* At once—instantly.

Dió un grito. Uttered a cry.

3. *Cayó.* Fell. Inf. "caer."

5. *Volvió en sí.* Recovered consciousness.

Que me le traigan vivo. Let it be brought to me alive.

9. *Mas en balde.* But in vain—to no purpose.

11. *De que no se pensase en matar.* To be sure not to kill.

12. *Se soltaron contra él.* They sent after him.

Page. Line.

14.—13. *Hasta aguilas caudales.* Even red-tailed eagles.

14. *Cetrería.* Falconry.

19. *No valían para nada.* Were good for nothing.

21. *Se alzó del lecho.* Rose—got up.

22. *Ropas de levantar.* Morning dress.

15.— 1. *Ojerosa.* With blue circles under the eyes (heavy eyed).

5. *Se puso á llorar.* Began to cry.

6. *¿De que me sirven?* Of what use are to me.

8. *Si no te tengo á tí.* If I have not thee.

12. *Con esto.* After this.

14. *Guardapelo.* Locket.

16. *Acudió mas rápido que nunca.* Came quicker than ever.

21. *Remontando el vuelo.* Flying skywards.

16.— 1. *Antes bien.* On the contrary.

3. *Mírame los labios.* Look at my lips.

4. *Porque me arden.* Because they feel as if burnt.

8. *No volvió á aparecer en adelante.* Did not appear again.

9. *Desmejorándose.* Declining — decaying in health.

11. *Casi no hablaba simo para decir.* Almost all she said was.

14. *Estaban de acuerdo.* Agreed.

Page. Line.

16.—19. *A quien le trajera.* To him who might bring it.

21. *A fin de que averiguasen.* For the purpose of finding out.

So pena. On pain.

17.— 7. *Al cabo.* Finally.

9. *Hiriendo el polvo,* Striking the ground.

10. *Haz* (*inf. hacer*) *que nos ahorquen.* Order us to be hang.

13. *Si será acaso.* If it may perhaps be.

18. *Saldrán* (*inf. salir*) *siete de vosotros.* Seven of you will start.

22. *Habeis de traérmele.* You are bound to bring it to me.

18.— 1. *Aunque trateis de evitarla escondiéndoos.* Even if you try to avoid it by hiding.

4. *En efecto.* Accordingly.

5. *De los más versados.* The most proficient.

6. *Sobre lo cual.* About which.

12. *En el ínterin.* In the meanwhile.

Seguía (*inf. seguir*) *muy mal de salud.* Was in very poor health.

14. *Empapaba en ellas.* Soaked in them.

17. *Ni.* Not even.

18. *Como ahora se usa.* As we use now.

No hacían más que. Did nothing else.

19.— 2. *Valiéndonos de.* Making use of.

Á la moda. Fashionable.

Page. Line.

19.— 3. *Pollita* (literally, small pullet) *muy simpática.* Nice looking lass.

4. *Al anochecer.* At nightfall.

7. *Se sintió algo cansada.* Felt somewhat tired.

9. *Y ya iba á mondarla.* And she was about to peel it.

10. *Empezó á rodar por aquella cuesta abajo.* Began to roll down hill.

13. *Mientras más corria.* The more she ran.

14. *Sin que famas se parase.* Without ever stopping.

20.— 1. *Llegase á alcanzarla.* Succeeding in overtaking it.

2. *Si bien.* Although.

5. *No era del todo.* Was not altogether.

La pobre. The poor girl.

6. *Se detenía á veces.* Stopped at times.

7. *De su empeño.* From her purpose.

8. *Como si ya hubiese.* As if it had already.

9. *A que de nuevo la cogiese.* To pick it up again.

11. *Se le deslizaba otra vez.* Slipped from her again.

14. *Que se hallaba.* She found herself.

16. *Se le venía encima.* Was creeping on her.

Como boca de lobo (familiar). Dark as pitch.

20. *Dar con.* To find again, to hit on.

NOTES.

Page. Line.

20.—21. *A la ventura.* At random.

21.— 3. *Enderezó sus pasos.* Directcd her steps.

5. *A poco trecho.* At short distance.

7. *Un ascua de oro.* A mass of glittering gold.

13. *Corta.* Timid.

15. *Traspasó los umbrales.* Crossed the threshold.

18. *Que imaginarse pueden.* That one could imagine.

22.— 1. *Espantar.* To astonish.

2. *No ya á la lavanderilla.* Not only the little laundress.

9. *A su sabor.* At her leisure.

10. *Se fué poco á poco.* Went little by little.

12. *De esta suerte.* In this manner.

15. *No obstante.* Nevertheless.

17. *Al fuego.* On the fire.

21. *Desosada.* Boned.

22. *En resolución.* In short, in a word.

23.— 3. *Al lado de los cuales.* By the side of which.

5. *Potaje de judías.* Bean porridge.

6. *Gazpacho.* Cucumber Salad.

8. *Se lanzó* (inf. *lanzarse*). Threw herself upon.

10. *Mas apenas hubo llegado á ella.* But she had scarcely reached it.

11. *Al parecer.* Seemingly.

13. *Tan de cerca.* So near.

Page. Line.

23.—15. *Tate.* Stop.

16. *Truchas salmonadas.* Salmon trout.

18. *Que le dejarían comer.* Which she would be allowed to eat.

22. *Tentó* (inf. *tentar*). Tried.

24.— 2. *Lo propio.* The same.

5. *Volvió luego.* She, then, began again.

9. *Amortecidas.* Softened.

17. *A tenderse.* To lie down.

21. *No hay que decir.* It is needless to say.

25.— 1. *Como á no comer se había ya resignado.* In the same manner as she had given up eating.

2. *Se puso.* She began.

8. *Embutidos de nacar.* Inlaid with mother of pearl.

10. *Escalera de caracol.* Winding stair.

16. *Surtidor.* Water jet.

"Puerta del Sol." (Gate of the Sun). This is the name given to the main Square of Madrid.

20. *En sí misma.* In itself.

21. *Como ya calculará el lector.* As the reader may imagine.

26. – 2. *Tenía algo de.* Had something in it.

4. *Se diría.* One might say.

12. *A fin de no.* In order not.

Page. Line.

26.—18. *Al que era causa.* He who was the cause.

Según todo el mundo. According to what everybody.

21. *Ni con mucho.* By great odds.

22. *Tampoco carecían.* Neither were they wanting.

27.— 1. *Se abatieron sobre.* Alighted upon.

4. *A poco rato.* In a little while.

7. *Estatuas peregrinas.* Wonderful statues.

8. *Que en honor de la verdad.* In truth.

9. *Que de ver á.* That accustomed to see.

11. *Hasta donde era capaz de elevarse.* To what height could attain.

14. *Los siguió mirando.* Went on looking at them.

28.— 2. *Quedó deslumbrada.* Was dazzled.

6. *En seguida.* Immediately.

9. *Sumisa.* Low, subdued.

Les hizo salva. Greeted them.

11. *Iban trayendo.* Brought.

21. *Escudero.* Cup or shield-bearer. Squire.

29.— 1. *Por la noche.* At night.

2. *Ser natural.* Natural state.

4. *Asímismo.* As well.

6. *Familiares.* Attendants.

Le rogaban que comiese. Begged of him to eat.

Page. Line.

29.— 8. *De lo más hondo.* From the depth.

30.— 1. *Refieren las crónicas.* It is related by the chronicles.

3. *Poco alegre.* By no means joyful.

4. *Volviendo en sí como de un sueño.* Awaking as from a dream.

10. *De allí á poco.* In a little while.

11. *Aquella en que.* The one in which.

13. *Chapucera.* Clumsy.

14. *Turrón de Jijona.* (Jijona is a town in Spain.) Jijona paste packed in cheap boxes.

31.— 4. *Metió luégo.* He then put.

9. *¡Quien la viera.* That I might see her.

10. *De nuevo.* Again

16. *Si mucho había besado.* Although he had kissed very much.

18. *Y hasta las piedras.* And even stones.

32.— 1. *Á poco.* Shortly.

3. *Viéndose.* Finding herself.

6. *Los generosos y chispeantes vinos.* The rich and sparkling wines.

10. *Se acercó tanto.* Went so near.

11. *Que vino á ponerse.* She came to stand.

14. *Oprimiéndola.* Pressing her down.

12. *Hacían mayor aun.* Made still greater.

33.— 1. *Era muy de dia.* The day was far advanced.

3. *Donde había querido.* Where she had chosen.

Page. Line.

33.— 7. *Si habrá sido todo?* Can it all have been.

7. *Dijo para sí.* Said to herself.

13. *Si le mostraba.* If it pointed out.

15. *Cualquiera hoyo ó tropiezo.* Any hole or obstruction.

16. *Dejaba de ser eficaz.* Lost its force.

22. *Las demás.* All the others.

34.— 1. *Le supo.* Tasted to her.

3. *Ningún objeto tengo.* I have no article.

7. *Por lo que pueda importarle.* For what it may be worth to her.

35.—1. *Miéntras acontecían.* While they were happening.

3. *Que quedan referidos.* Already related.

7. *Solía estar.* Usually was.

8. *Sin dar acuerdo de su persona.* Very quietly.

9. *Seguía.* Remained.

12. *Que le traía* (inf. *traer*). That she was bringing her.

36.— 1. *Que ya hay quien os traiga.* That now some one brings you.

9. *V. A.* (*Vuestra Alteza*, a title). Your Highness.

10. *Pues hazla.* Then, make her, or have her.

14. *Cuanto le había pasado.* All that had happened to her.

15. *Al oir.* In hearing.

Page. Line.

36.—17. *Se puso encendida como la grana.* Blushed very deeply; her face became crimson.

37.— 3. *Prendas robadas.* Stolen articles.

7. *Hizo otros extremos.* Made other demonstrations of joy.

9. *Ahora sí.* It is now.

17. *Que me tiene encantada.* That he has charmed me.

18. *Y doy por cierto.* And I take for granted.

38.— 1. *Que da gloria verla.* That gives happiness to see.

2. *No es mal mozo.* Is not bad looking.

3. *Al que yo... le he tomado afición.* The one I have grown fond of.

6. *Si gusta.* If she likes.

10. *Pájaros mancebos.* Bird bodied young men,

15. *Allí verémos.* There we will see.

18. *Hizo ver.* Made it apparent.

39.— 1. *Vé.* Go.

3. *Venidos que fueron.* Once brought forth.

12. *Qué he de deducir.* What can I infer.

15. *Hé ahí.* That is why.

17. *No basta.* It is not sufficient.

19. *De ello trato.* That is what I propose to do.

20. *Que al instante se manden.* To send immediately.

22. *Encrucijadas.* Cross roads.

Page. Line.

40.— 4. *Les serán arrebatadas.* Will be taken from them.

7. *Sepa* (inf. *saber*). May know.

9. *Con el mayor sigilo.* With the greatest secrecy.

15. *Babuchas.* Moorish slippers.

17. *Se las dió.* Gave them.

19. *Lo convenido.* What had been decided.

41.— 6. *Hasta jovial y bromista.* Even cheerful and merry.

9. *Se las prometen siempre felices.* They hope always for the better.

15. *Recelaba.* Suspected.

42.— 5. *Que su padre le enseñara.* That his father had taught him.

8. *Que en él debe emplearse.* That must be spent in traversing it.

10. *Lo que respondía éste.* What he answered.

12. *En busca.* To meet.

13. *Con la barba sobre el hombro* (a saying). On the alert.

21. *Luégo que las tuvo presentes.* Once in her presence.

43.— 5. *Ni le he visto.* Neither have I seen him.

9. *Volver á verle.* See him again.

11. *Ya para entonces.* By that time.

15. *No os aflijais.* Be not cast down.

Page. Line.

43.—20. *No se dejarán vencer.* Will not allow themselves to be defeated.

44.— 2. *De que se envíen.* To send.

6. *Que á cada uno le hacen valer por diez.* Which make every one be a match for ten.

11. *Le pidió su apoyo.* Asked him for his help.

14. *En la demanda.* In the undertaking.

19. *Se puso fuera de sí.* Was beside himself with rage.

45.— 2. *Faltando.* Breaking.

3. *Derecho de gentes.* National law.

8. *Se acongojó.* Was dismayed.

11. *A que por su amor se derramase.* Than that for her love should he shed.

15. *No empeñase.* Not to engage.

10. *Entregarse.* To be delivered.

20. *Venir huyendo.* Retreating.

22. *Otros tantos.* As many other.

46.— 2. *Arrojaban fuego.* Darting flames.

5. *Rayaba.* Approached.

8. *Con quien podía habérselas.* With whom he would fight.

10. *Descomunal pelea.* Monstruous contest.

13. *No recurría á una estratajema.* He had not resorted to a trick.

14. *Un buen trecho.* Some distance.

16. *Faja de seda.* Silk scarf or waistband.

Page. Line.

46.—16. *Ceñia el talle.* Circled his waist.

17. *Un lazo escurridizo.* A slip knot.

20. *Á todo correr.* At full speed.

22. *De esta suerte.* In this manner.

47.— 1. *No bien murió.* As soon as he was dead.

2. *Se rehicieron* (inf. *rehacerse*). Rallied.

5. *No se hicieron esperar mucho tiempo.* Did not make them wait very long.

7. *Volvió á entrar.* Returned.

18. *No se mostraron.* Did not show themselves.

21. *Que acababan de llegar.* Who had just arrived.

22. *Por ende.* Consequently.

22. *Acudieron.* Came forth.

48.— 2. *No acertaron.* Could not.

9. *Pegar los ojos.* To go to sleep.

11. *Con todo.* Nevertheless.

12. *Muy de mañana.* Very early in the morning.

15. *Ni me busques.* Neither look for me.

17. *Bástete saber.* Be it enough for you to know.

18. *No volverás á verme.* You will not see me again.

49.— 2. *En romería.* On a pilgrimage.

6. *Se parecían.* Were visible.

8. *Caballeras.* On horseback.

9. *Más propio.* Better fitted.

11. *Asnos.* Asses, donkeys.

Page. Line.

49.—12. *En que se solía cabalgar.* Usually ridden.

13. *Fué* (past def. verb "*ir*"). Went.

50.— 1. *Varón muy penitente.* Very virtuous man.

2. *Estaba en olor de santidad.* Was considered a saint.

4. *No dejaba de tener.* And really had.

7. *En lo recóndito.* In the seclusion.

8. *Se dejaba ver.* Allowed himself to be seen.

11. *Anduvieron* (inf. *andar*) *buscándole.* Wandered in his search.

12. *Vericuetos y andurriales.* Wild and lonely places.

14. *Breñas y malezas.* Brambles and briers.

14. *Se guarecían.* Took shelter.

16. *Así por lo fragoso.* By reason of the craggedness.

17. *Cabrerizos.* Shepherds.

19. *Pronto á echarla.* Ready to hurl it at.

21. *Ya se entiende:* Let it be understood.

51.— 6. *Arrostrar.* To face.

7. *Según queda dicho.* As has been stated.

9. *Iban ya las tres peregrinas.* The three wanderers were already going.

12. *En el fondo.* In the rear.

19. *Pasa.* Raisin.

19. *Consunto.* Consumptive.

21. *Aunque hundidos.* Although sunken.

Page. Line.

52.— 1. *Cien años há.* It is a hundred years since.

8. *Corjuro eficaz.* Powerful charm.

9. *Á quien la pronuncia.* Him who pronounces it.

13. *La cábala.* Secret science of the Hebrew rabbins.

16. *La ciencia de ahora.* The science of today.

19. *Llevaba en sí misma.* Carried in itself.

22. *Al oirse llamar.* In hearing themselves called.

53.— 1. *Era tal.* Such was.

3. *Y lo hubiera indudablemente conseguido.* And it would undoubtedly have been successful.

5. *Se olvidase.* Should be forgotten.

11. *Por disposición tuya.* By your order or command.

17. *Pues aqui tienes la carta.* Here is the letter, then.

20. *Al punto voy.* I will at once.

21. *Se caló los espejuelos.* Fixed his spectacles on his nose.

54.— 3. *Se conmovia.* Trembled, shook.

10. *Partían.* Came forth (inf. *partir*).

10. *Entrañas mismas.* Very bowels.

12. *Se quitó.* Removed.

16. *Se encierra.* Is contained.

19. *Se hablan en el día.* Spoken now-a-days.

Page. Line.

54.—21. *El linaje humano.* The human race.

55.— 5. *Que se valieron* Who made use

7. *Por nuestros pecados.* On account of our sins.

9. *Pues estamos frescas.* We are fooled, then.

10. *De lo que hemos pasado.* All we have suffered.

12. *Enmarañada.* Puzzling

12. *Salís ahora con que.* You say now.

15. *Sí os diré.* will tell you

17. *Sin pararme en dibujos.* Without stooping to details.

56.— 1. *Asechanzas.* Plot s.

4. *En lugar suyo.* In his place.

5. *Bien hubiera querido.* It would have pleased.

10. *Ineficaces.* Useless.

11. *Supo despojarlos.* He knew how to rob them.

18. *Se acordó.* They resolved upon.

57.— 5. *Fuese tal que no se turbase ni empañase.* Were such as not to be disturbed or tarnished.

16. *Cuanto invencible.* As well as unconquerable.

18. *Que ahora se está acabando de cumplir.* Which is being fulfilled now.

19 *Se apoderase.* Should get possession.

58.— 1. *Que me estais oyendo.* Who are hearing me.

1. *Como sigue.* As follows.

